

ESTADOS UNIDOS Y LA AGENDA OLVIDADA DE LA PAZ DEMOCRÁTICA

El 20 de enero de 2005, el presidente estadounidense George W. Bush defendía en su discurso inaugural del segundo mandato que “la mejor esperanza para la paz es la expansión de la libertad en todo el mundo” y que “es la política de Estados Unidos buscar y apoyar el crecimiento de movimientos e instituciones democráticos en toda nación y cultura con el objetivo final de acabar con la tiranía en nuestro mundo” (Bush, 2005).

Tan solo once años después, un candidato presidencial republicano y futuro presidente, Donald Trump, en el marco de su campaña electoral para la presidencia estadounidense, sostenía y defendía en su discurso y diferentes entrevistas que, en su opinión “Estados Unidos no debería ser un constructor de naciones” (Trump, 2016).

¿Qué es lo que había sucedido para que en el marco de este periodo de tiempo la agenda de la democracia, que ocupaba un lugar central durante gran parte de la posguerra fría, fuese prácticamente olvidada y postergada a un segundo lugar del orden de prioridades de la potencia norteamericana?

EL DEBATE SOBRE LA PAZ DEMOCRÁTICA Y SU APLICACIÓN POLÍTICA ¹

La teoría de la paz democrática, incardinada dentro de las corrientes teóricas liberales de las Relaciones Internacionales, plantea como elemento teórico central que, las democracias liberales nunca o casi nunca se hacen la guerra entre ellas. Algunos autores llegaron a plantear que la ausencia de guerra entre democracias es lo más parecido a una ley empírica en Relaciones Internacionales.

Esta teoría fue acuñada por el filósofo Michael Doyle en su conocido artículo de 1983, “Kant, Liberal Legacies and Foreign Affairs”, (Doyle, 1983:205-235; Doyle, 1983: 323-353) Básicamente su teoría actualiza y adapta los posicionamientos del filósofo Immanuel Kant recogidos dentro de su breve obra, *Sobre la paz perpetua*. Doyle plantea una respuesta liberal a la visión realista de las relaciones internacionales con esta idea central de ausencia de guerra entre democracias, ilustrada con dos listados amplios sobre la falta de conflictos armados entre estos Estados y aquellos pertenecientes a la conocida como “unión liberal”.

¹ Sobre la aplicación de la paz democrática en este periodo histórico véase Tovar (2014).

Sin embargo, en su teoría no se recogía la idea de que las democracias liberales fuesen necesariamente pacíficas. Las democracias liberales no se harían la guerra entre ellas pero eso no quiere decir que no hiciesen la guerra frente a Estados autocráticos. De hecho, sería la descripción de la realidad planteada por el realismo el que predominaría en la relación entre las democracias liberales y los Estados autocráticos más poderosos en tanto que la relación de las democracias liberales con las autocracias más débiles estarían marcados por una suerte de “imperialismo espasmódico” o relación que oscilaría entre la desconfianza y la intervención. Con todo, Doyle se aventuró a predecir que para el año 2001, todos los Estados del sistema internacional tendrían esta forma de gobierno.

Muy pronto la obra de Doyle generó un intenso debate entre las principales teorías de las relaciones internacionales en sus debates del momento. Si algunos autores liberales como Bruce Russett plantearon las posibles causas que harían posible la ausencia de guerra entre democracias como serían los factores normativo-culturales e institucionales-estructurales, otros autores desde perspectivas de diferente tipo como serían las realistas, estructuralistas o constructivistas criticarían sus fundamentos o intentarían buscar explicaciones alternativas (Russett, 1996: 58-116).

La paz democrática se popularizó y extendió hasta tal punto, que algunas de las obras más importantes de este periodo histórico como el famoso Fin de la Historia de Fukuyama (Fukuyama, 1989: 3-18) y autores no procedentes del espectro o ámbito de estudio de las Relaciones Internacionales como era el caso de John Rawls, hicieron referencia a esta en sus diferentes obras.

Es necesario destacar que el contexto no podía ser más propicio para esta expansión, la caída de la Unión Soviética y la disolución del Bloque Comunista facilitaron una visión más optimista de la situación del momento y el nivel de poder ostentado por Estados Unidos en un contexto unipolar le permitían permear el sistema internacional a su imagen y semejanza y exportar sus valores e ideales con un coste relativamente escaso.

El discurso de la paz democrática, asentado sobre la base de que las democracias liberales no se hacen la guerra entre ellas, no patrocinan el terrorismo y promueven, por tanto, la seguridad, la estabilidad y la prosperidad se hizo pronto un hueco en el discursos de los líderes estadounidenses como Ronald Reagan y de otros Estados occidentales como es el caso de los líderes británicos Margaret Thatcher o Tony Blair e

incluso de dirigentes de organizaciones internacionales como las Naciones Unidas, caso de Kofi Annan.

En realidad, Estados Unidos había tenido una tradición bastante importante en lo que respecta a las políticas de expansión de la democracia liberal. De hecho, en su discurso de declaración de Guerra a Alemania, el presidente Woodrow Wilson criticó al Imperio Alemán, al que identificaba como un Estado autocrático que toma decisiones de forma secreta y defendió la idea de “hacer el mundo seguro para la democracia”.

El idealismo wilsoniano, la doctrina que lleva su nombre se convertiría en una de las corrientes ideológicas principales de la política exterior estadounidense y la defensa de la expansión de la democracia liberal su fundamento central junto con la importancia de las organizaciones internacionales. El elemento científico aportado por la teoría de la paz democrática fortalecería esta importante dimensión, que sería central en el marco de la posguerra fría.

El idealismo wilsoniano, si bien, y con la importante salvedad del discurso, ocuparía un segundo orden de prioridades durante la etapa de la Guerra Fría y volvería a recuperar su lugar central en el ámbito de la política exterior estadounidense con la caída de la Unión Soviética.

Si bien la Administración de Bush padre siguió parámetros de política exterior fundamentados en el realismo político, manteniendo la herencia de la Guerra Fría en el pensamiento estratégico, priorizando la estabilidad regional y la defensa del statu quo tanto en el espacio postsoviético como en el Próximo Oriente tras la Guerra del Golfo, donde no se materializó ningún intento de cambio de régimen en el Irak de Saddam Hussein, las circunstancias cambiarían con sus inmediatos sucesores.

El presidente Clinton mantendría originalmente una cierta continuidad con la política exterior seguida por Bush padre, sin embargo, después de la importante crisis de Somalia y el incidente del “Black Hawk derribado”, se pondría fin a las grandes intervenciones multilaterales y al rol central que Estados Unidos había conferido a las Naciones Unidas desde los tiempos de su predecesor.

La Administración Clinton, fundamentó este importante giro en su política exterior tendente hacia un nuevo “unilateralismo estadounidense” en la importancia de una estrategia de expansión y no ya de contención, como había sucedido en la Guerra Fría

con la estrategia inspirada por Kennan. Esta expansión iría dirigida a fortalecer y ampliar la comunidad de Estados con la democracia liberal como forma de gobierno y también de aquellos que tenían una economía de mercado. A los Estados autocráticos que no se integrasen en dicho orden internacional, como era el caso de Irak, Irán, Siria, Corea del Norte o Cuba se les aplicaría una política de contención (Lake, 1993).

La aplicación de la política de expansión de la democracia vendría de la mano de otra figura conceptual, que adquiriría cada vez más relevancia durante aquellos años como sería la del *state-building*, o construcción de instituciones estatales, un fenómeno que se produciría frecuentemente después de un conflicto y un importante instrumento para lograr la consecución de este fin de exportar la democracia (Fukuyama, 2004).

La Administración Clinton aplicaría estos instrumentos en diferentes escenarios como Haití, donde el proceso de construcción estatal se fundamentó en la idea de “defender la democracia en nuestro hemisferio” tras lograr revertir el golpe de Estado contra la elección del presidente Bertrand Aristide y se puso en marcha una misión internacional a estos efectos. También en escenarios como los Balcanes, particularmente en Bosnia y Kosovo.

En el primer caso se impuso después de una intervención de la OTAN la paz de Dayton de 1995, entre los diferentes grupos étnicos y religiosos que pugnaban por hacerse con el control del territorio y se iniciaría un proceso de construcción estatal donde se esperaba que el establecimiento de una democracia pudiese solventar los conflictos internos. En el caso de Kosovo, la intervención de 1999 de la OTAN llevaría a un proceso de construcción estatal con los mismos objetivos, pero que llevaría finalmente a una independencia unilateral que produciría importantes divisiones a nivel internacional.

Esta política no se produciría sin resistencias, en las elecciones presidenciales del año 2000 el candidato presidencial George W. Bush se había mostrado favorable a poner fin al uso del ejército estadounidense para realizar labores de *nation-building* y propuso a través de su asesora de confianza en la materia, Condoleezza Rice, la realización de una política exterior realista, como la de su padre, que se centrase en lidiar con grandes potencias como Rusia o China.

El 11 de septiembre acabaría dando al traste con estas propuestas, permitiendo el ascenso de la influencia de los miembros de la Administración vinculados a posiciones

neoconservadoras. A la postre, la nueva Administración acabaría realizando procesos de construcción estatal a gran escala.

El primer caso donde se produciría este fenómeno sería el de Afganistán, conflicto de relevancia por el apoyo que el régimen de los talibán había prestado a al-Qaeda. Después de derrotar al régimen se puso en marcha un nuevo proceso de state-building, con objetivos similares a los de escenarios pasados como era el de lograr la seguridad, estabilidad y prosperidad del Estado, contribuyendo a la derrota de los talibán. Para ello, se puso en marcha todo un proceso de construcción estatal que pasaría a ser conocido como el proceso de Bonn, por la ciudad donde se produjeron las principales reuniones y que puso en marcha una ruta de transición a la democracia, la elección de una nueva loya jirga o asamblea y la elección de un gobierno democrático.

Más controvertido resultó el supuesto de Irak. Si bien el argumento principal utilizado fue el de las armas de destrucción masiva, el cambio de régimen y el establecimiento de un gobierno democrático que los integrantes neoconservadores de la Administración, como era el caso del vicesecretario de Defensa, Paul Wolfowitz, apoyaban fue otro argumento fundamental para entender lo sucedido. Una vez derribado el régimen, se pondría en marcha un proceso de construcción estatal liderado por Estados Unidos, en sus intentos de lograr la transición hacia un gobierno democrático.

La estrategia de expansión de la democracia estaba bien recogida en la Estrategia de Seguridad Nacional de 2002, donde a los elementos militares de la lucha contra el terror, se añade la expansión de la democracia en una región dominada por los gobiernos autocráticos y la vulneración de derechos y libertades, que facilitaba el reclutamiento de jóvenes por grupos terroristas.

En ambos casos, los procesos de construcción no producirían sino resultados enormemente negativos. En especial en el caso de Irak, donde miles de soldados estadounidenses y muchos más civiles iraquíes fallecieron, alcanzando el coste de la construcción del Estado varios billones de dólares en ambos casos. Además, el conflicto de Irak pondría las bases de conflictos posteriores, como el auge del Estado Islámico en el año 2014 demostraría. Afganistán, que se vería desatendido por la principal focalización en Irak, se convertiría en un problema persistente para sucesivas Administraciones, sin lograr resolverlo ni retirar definitivamente las tropas del país asiático pese a los esfuerzos en ese sentido de sus dos inmediatos sucesores.

Los importantes fracasos de la Administración Bush llevarían a importantes críticas hacia la política wilsoniana que las guió, provocaría un nuevo ascenso político y académico de las posiciones realistas en el ámbito de la política internacional y modificaría los debates en este último ámbito, que pasarían de centrarse en la inexistencia de guerra entre democracias a la necesidad de preguntarse cómo, si es posible y en que condiciones puede construirse una democracia liberal.

LA PAZ DEMOCRÁTICA EN LA ETAPA DE OBAMA

Dada la creciente impopularidad, el candidato presidencial, Barack Obama, realizó su campaña de primarias y electoral resaltando su oposición a la Guerra de Irak y rechazando la posibilidad de extender la democracia liberal mediante el uso de la fuerza. Obama había mostrado sus simpatías por los planteamientos realistas a través de sus declaraciones resaltando su admiración por la política exterior de Bush padre y por conocidos teóricos de esta corriente como el teólogo protestante Reinhold Niebuhr.

En su discurso inaugural se mostró partidario en relación a los adversarios autocráticos de Estados Unidos, de “extender el brazo si están dispuestos a abrir el puño”. En su conocido discurso de El Cairo de 2009, especialmente diseñado para lograr una reconciliación con el mundo musulmán, resaltó que aunque Estados Unidos reconocía la compatibilidad entre Islam y democracia y el valor de la democracia liberal o del respeto a los derechos humanos, “no impondría forma de gobierno alguna a nadie” (Obama, 2009).

De hecho, a la hora de conformar su gabinete presidencial, Barack Obama se rodeó de decisores pertenecientes principalmente al ámbito realista de la política exterior de Estados Unidos hasta tal punto que alguno de los periodistas que narraron algunos de los rasgos característicos de su proceso de toma de decisiones llegaron a hablar de “demócratas de Scowcroft” en referencia al consejero de Seguridad Nacional con Gerald Ford y Bush padre, estrecho colaborador de Henry Kissinger, quien es considerado uno de los líderes realistas más importantes que, además asesoría al presidente estadounidense en la conformación de su gabinete en el ámbito relativo a la seguridad nacional. De hecho, destacados realistas, incluso republicanos, formarían parte de la Administración, siendo el supuesto de Robert Gates el más característico a ese respecto (Mann, 2010).

Un ejemplo temprano citado sobre este extremo serían las declaraciones de Hillary Clinton como secretaria de Estado en respuesta a una pregunta de por qué no trató la vulneración de derechos humanos por parte de China en las relaciones con este país durante su primera visita, donde resaltó que era necesario tratar otras cuestiones relevantes como era el caso de la lucha contra el cambio climático o la lucha contra la crisis económica.

Otro sería la política seguida en escenarios como Afganistán, donde el secretario de Defensa reiteró que el objetivo de la misión sería combatir a los talibán y no construir una democracia, meta para la que no había “tiempo, paciencia ni dinero”. Cuando el presidente Obama ordenó retirar las tropas estadounidenses de Irak en 2011, resaltó que había llegado el momento de “hacer Nation-Building, aquí en casa”.

No obstante, la Administración Obama no abandonaría completamente las políticas de expansión de la democracia liberal, vía promoción pacífica e incluso en determinadas circunstancias se mostró favorable a las intervenciones humanitarias, tal y como pudo observarse en su discurso del premio nobel de la paz de 2009.

De hecho, en su gabinete también habría representantes pertenecientes al sector ideológico del liberalismo intervencionista, partidarios del uso de la fuerza para evitar vulneraciones masivas de derechos humanos y partidarios de la concepción estadounidense como potencia del bien. También y, al igual que los neoconservadores republicanos, son partidarios de la idea de la paz democrática. Las dos figuras más destacadas pertenecientes a este grupo serían Susan Rice y Samantha Power. La primera de ellas trabajó en el Departamento de Estado cuando se produjo el genocidio de Ruanda. La segunda había sido corresponsal en Bosnia en el momento en el que se produjo la guerra que condujo a episodios de limpieza étnica. De hecho, su libro más conocido, *A Problem from Hell*, trata la inacción estadounidense en momentos de genocidio.

Sin embargo y, además de las dos anteriores, los jóvenes asesores del presidente estadounidense parecían compartir un cierto idealismo en política internacional, serían los llamados *Obamians* y constituirían el núcleo duro de confianza del presidente estadounidense como sus principales partidarios. En algunos de los debates posteriores demostrarían tener un papel que confirmaría sus posiciones a ese respecto.

Con todo, las circunstancias empezaron a cambiar cuando se desencadenó el proceso de cambio político conocido como “Primavera Árabe”. El inesperado fenómeno político que pareció inicialmente acabar con los regímenes autocráticos en Túnez, Egipto, Libia, Yemen o Siria condujo a importantes debates internos dentro de la Administración Obama sobre las líneas a seguir en esta materia.

Si bien el apoyo a la transición en Túnez no planteó demasiados problemas dada la ausencia de intereses estratégicos para Estados Unidos, muy diferentes fueron los debates en el caso de Egipto, un importante aliado de Estados Unidos en la región. En este caso la decisión a tomar dividió a los integrantes de la Administración en dos bandos. El primero estaba compuesto por los decisores veteranos de la Administración, como era el caso del vicepresidente Biden, el secretario de Defensa Gates o la secretaria de Estado, Hillary Clinton. Estos reclamaban cautela y recordaban la importancia de Egipto para la política regional de Estados Unidos. Además, importantes aliados como Arabia Saudí e Israel compartían este posicionamiento y presionaban para no alinearse en contra de Mubarak.

Con todo, la segunda facción, compuesta por los asesores más jóvenes como Ben Rhodes, Samantha Power o Susan Rice presionaban para apoyar la puesta en marcha de una transición en Egipto y consiguieron poner al presidente de su lado, un punto de inflexión respecto de lo que había venido sucediendo en años anteriores. Obama acabó pidiendo la salida de Mubarak y una “transición ordenada” en Egipto.

En el caso de Yemen, las presiones políticas y diplomáticas consiguieron la renuncia del presidente al-Saleh, que se exiliaría en Arabia Saudí. Sin embargo y como gran contraste con el caso de Libia, la Administración Obama apoyó la política seguida por las autoridades de Baréin, con la que reprimieron las protestas de su población chií, mayoritaria en el país.

El caso de Libia fue más problemático. En este caso las presiones de aliados europeos como Francia y Reino Unido para apoyar una intervención militar en el Estado norteafricano, el apoyo de la Liga Árabe y la aquiescencia de los BRICS vía abstención -también de Alemania- en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas posibilitaron un cambio en el equilibrio interno del proceso de toma de decisiones con el cambio de bando de Hillary Clinton, alineada con Susan Rice y Samantha Power en apoyo de la

intervención frente a Robert Gates, Joe Biden y John Brennan, que argumentaban la falta de intereses nacionales estadounidenses en la misma.

En el discurso del presidente Obama de marzo de 2011 donde se expusieron las razones de la intervención, se mencionaron dos. 1-Evitar un genocidio si Gadafi derrotaba a los rebeldes e invadía Benghasi. 2-Evitar que otros dictadores se mantengan en el poder por la fuerza. La intervención militar, en la que participaron fuerzas de Estados Unidos, sus aliados europeos y algunos Estados árabes como Emiratos Árabes o o Qatar duraría meses, acabaría desembocando en un cambio de régimen, muy criticado por potencias emergentes como Rusia, que consideró haber sido engañada.

Sin embargo y a diferencia de otros casos previos, la opción por la que se optó después de la caída del régimen no fue el establecimiento de un proceso de state-building diseñado desde el exterior, sino dejarlo en manos de los propios libios. Si bien la motivación de dicha intervención tuvo una naturaleza humanitaria, la expansión de la democracia liberal solo de manera indirecta podría ser causante de la misma.

El discurso de mayo de 2011 donde Obama haría una recapitulación de lo que estaba aconteciendo en la Primavera Árabe mostraba el momento álgido del apoyo de la Administración a la extensión de la democracia con su consideración de la existencia de un “lado correcto de la historia”.

El ámbito del mundo árabe no sería el único donde la Administración siguió planteamientos de este tipo, en el caso de Ucrania hubo un apoyo explícito al movimiento de protesta del Euromaidán y contra el gobierno de Yanukovich. De hecho, después de su caída seguirían apoyando al Estado ucraniano frente a la política de su vecino ruso, dando al traste con la política de *Reset*, puesta en marcha inicialmente por la Administración.

Sin embargo, muy pronto, las realidades sobre el terreno imprimirían un nuevo cambio en la política de la Administración, con un presidente mucho más pesimista sobre lo que Estados Unidos podía conseguir a este respecto.

La conocida como “Primavera Árabe” comenzó a tener una evolución negativa a medida que los procesos de cambio se iban desarrollando en el tiempo. Si bien Túnez parecía haberse encaminado hacia una frágil transición, en Egipto, el descontento con las políticas del primer ministro de la Hermandad Musulmana acabaría conduciendo a

un nuevo golpe de Estado apoyado, paradójicamente, por sectores que habían participado en la caída de Mubarak.

La situación en Libia no dejó de deteriorarse y experimentó una evolución que la encaminaría hacia la división entre milicias y gobiernos. El propio embajador estadounidense, Christopher Stevens, fue asesinado en Benghazi en lo que se convertiría en una nueva trifulca política que llevaría a que Susan Rice no estuviese en condiciones de ser confirmada como secretaria de Estado.

Yemen, por su parte, se dirigía hacia nueva guerra civil que enfrentaría a los partidarios de Saleh y los representantes de los huthies, una secta chií heterodoxa, al presidente Hadi, que acabaría exiliándose en Arabia Saudí. Esta potencia, junto con otros Estados aliados acabarían interviniendo en Yemen.

Con todo, la situación en Siria sería claramente el ejemplo respecto de esta nueva etapa. En este caso, a la represión que seguiría a las protestas, la Administración Estadounidense pediría que Asad liderase una transición, para luego pedir su salida y, finalmente, apoyar de manera limitada a determinados grupos opositores en tanto el país se deslizaba hacia la guerra civil. En respuesta a las presiones, el presidente Obama fijó una línea roja que se traspasaría en caso de usarse este tipo de armas, cuando en agosto de 2013 esta supuestamente se produjo el presidente, frustrado por la experiencia libia, delegó la decisión en el Congreso y acabaría negociando un acuerdo con Rusia para la entrega de su arsenal.

En el discurso de Naciones Unidas de 2013, Obama ya planteaba una política regional limitada, donde Estados Unidos se limitase a defender una serie de intereses clave como evitar la dominación de una gran potencia, garantizar el flujo energético o combatir el terrorismo.

Igual suerte pareció correr el caso de Ucrania, donde el exilio de Yanukovich fue seguido por la invasión rusa de Crimea y el alzamiento de los rebeldes apoyados por ésta en Donetsk y Lugansk. A pesar de la política de sanciones puesta en marcha por Estados Unidos y sus aliados europeos, la posición rusa no logró ser modificada, aunque sí logro hacer aproximar sus posiciones con las de China.

Al finalizar su segundo mandato y, tal y como consta en entrevistas como la que se recogió en The Atlantic en 2016, un presidente Obama más pesimista, desengañado y

consciente de los propios límites en los que la potencia norteamericana podía lograr al respecto y con una visión más hobbesiana, en especial respecto del Próximo Oriente había vuelto a los posicionamientos realistas del inicio de su mandato, mejorado relaciones con regímenes autoritarios como Cuba o Irán a través de diferentes procesos negociadores que lograron una cierta apertura en el primer caso y el acuerdo sobre el plan nuclear en el segundo.

Un frágil legado que únicamente podría sobrevivir en función en la campaña presidencial que se aproximaba y que acabaría llevando a la victoria al candidato Donald Trump. ¿Qué posición tendría este respecto de las políticas de expansión de la democracia?

LA PAZ DEMOCRÁTICA EN LA ERA TRUMP: PERSPECTIVAS.

La Administración Obama acabó completamente desengañada con las perspectivas de democratización de los Estados del Próximo Oriente, retornando a un realismo pragmático en política exterior que buscaba seguir una estrategia de mínimos. En el Partido Republicano, las críticas a la política exterior de la Administración Bush llevaron a un fraccionamiento en sus elecciones primarias de diferentes posturas en esta materia. Entre ellos había candidatos cercanos a posiciones neoconservadoras como Marco Rubio, miembros del establishment como George W. Bush, libertarios que consideran seguir cierta línea realista como Rand Paul y jacksonianos como era el caso de Ted Cruz o del propio Donald Trump (Tovar, 2018: .

Ya en su campaña presidencial, el candidato republicano expuso algunos de los principales puntos a seguir por su política exterior. Entre ellos estaría la convicción de la necesidad de reducir la participación estadounidense en guerras innecesarias y compromisos indefinidos y su muy explicativa concepción de que “Estados Unidos no debería ser un constructor de naciones”. Un elemento que tiene claras implicaciones a efectos de comprender la actitud de la Administración hacia las políticas de expansión de la democracia. También se han tendido a destacar las afirmaciones elogiosas de Trump hacia líderes autoritarios como Vladimir Putin, si bien estos no necesariamente configuraron su política hacia estos países.

De los diferentes decisores que compusieron la Administración Trump, prácticamente ninguno, ni siquiera aquellos decisores que podrían coincidir con algunas posiciones neoconservadoras como John Bolton, consejero de Seguridad Nacional, sostenían dicha

política. La única excepción podría ser la ex embajadora en Naciones Unidas, Nikki Haley o el segundo secretario de Estado, Mike Pompeo, en función del discurso. La Administración Trump desarrolló una política contundente hacia algunos Estados autocráticos, como Rusia, China, Irán o Corea del Norte, pero su motivación parece haber estado en la defensa de ciertos intereses antes que en la expansión de la democracia liberal y la creencia en los elementos positivos que esta política conllevaría.

La Estrategia de Seguridad Nacional de la Administración, publicada en diciembre de 2017, hace pocas referencias a esta política más allá de algunas menciones vagas. Opta, en cambio, por el concepto abstracto de “realismo de principios”, que se utilizó como eslogan para justificar la existencia de una estrategia de política internacional por parte de la misma (Casa Blanca, 2017).

De todos los supuestos de la Administración, únicamente dos parecen llevar a cierta duda sobre una posible aplicación de estas políticas, el caso de Venezuela, donde en el discurso si se recogió la necesidad de apoyar una transición hacia esta forma de gobierno y se llegó a plantear, incluso, la posibilidad de usar la fuerza. Sin embargo, este apoyo converge con los problemas de estabilidad y seguridad regional que la gestión del régimen venezolano ha realizado y que le ha puesto frente a buena parte de los Estados de la región. En el mejor de los casos el apoyo a la democracia sería únicamente parcial.

A la vista de esta situación reciente expuesta, cabe preguntarse por las razones que habrían llevado a que una política señera de la posguerra fría, acabase perdiendo tanta relevancia.

CONCLUSIONES.

Entre las posibles causas se plantean diferentes aspectos que han podido condicionar la desaparición de las políticas de expansión de la democracia de la primera línea de la política exterior estadounidense.

1-Malos resultados.

En primer lugar, cabe plantear los malos resultados producidos por estas políticas, en especial en aquellos supuestos donde ha mediado el cambio de régimen a través del uso de la fuerza, como es el caso de Afganistán, Irak e incluso Libia. En los dos primeros supuestos condujeron a un importante coste en términos de vidas humanas tanto de

soldados estadounidenses como de civiles, que fueron especialmente patentes a lo largo del proceso de construcción del Estado en ambos supuestos. A esto cabe añadir que en ninguno de los dos casos -y probablemente tampoco en el resto de supuestos que irían desde Haití a los Balcanes-, el proceso de construcción estatal haya conducido a democracias liberales, estables y consolidadas, claramente necesarias para que la paz democrática pudiese funcionar.

En el caso de Libia, la ausencia de proceso de construcción estatal alguno impuesto desde el exterior condujo a una situación de división y guerra civil que ha impedido el establecimiento de cualquier tipo de gobierno estable. Con las consecuencias ya sabidas para la estabilidad regional.

En definitiva los éxitos que los defensores de la política expansión de la democracia atribuyen a la misma y ejemplifican en casos como Alemania o Japón después de la II Guerra Mundial no parecen haberse repetido en los supuestos particulares donde la democracia liberal intentó establecerse desde fuera en la posguerra fría.

2-Oposición interna. Resurgimiento del realismo como opción práctica.

En segundo lugar, los resultados la aplicación política de la paz democrática habría llevado a un ascenso de las posiciones contrarias a nivel político o académico respecto de las posiciones liberales que esta sostiene: básicamente las posiciones fundamentadas en el realismo político. Tal y como el propio politólogo estadounidense, Larry Diamond (2008,) constató en una de sus últimas obras, el fracaso en la imposición de la democracia en Irak llevaría a un nuevo ascenso de corrientes realistas que van a criticar esta política. Entre estos autores cabe citar a autores realistas como John Mearsheimer (2018) o Stephen Walt (2018) quienes, en sus últimas obras han criticado los efectos producidos por la política exterior desarrollada por las élites estadounidenses, parte de cuya responsabilidad estaría en pretender extender la forma de gobierno estadounidense al resto del mundo.

Esto también afectaría a los propios decisores que, como sucedió inicialmente con las Administraciones de Obama y Trump, pretendieron volver al realismo político como principal opción práctica. En el caso de Obama, este planteamiento original quedaba patente en algunos discursos como en inaugural o el del Cairo y ha estado muy presente en la relación de la Administración con potencias autocráticas como China. Si bien la Primavera Árabe rompió con esta tendencia, los malos resultados producidos hicieron

volver al presidente estadounidense a una política más prudente y limitada que la desarrollada con antelación, reforzando su visión pesimista al respecto.

Incluso en aquellos casos en los que hubo presencia de decisores vinculados a ideologías que simpatizarían con esta teoría como las de Obama y Trump, la posición presidencial ha tendido a evitar escorarse decisivamente a su lado, con la importante excepción de Libia. Los sucesivos fracasos, además, han provocado la aparición de una opinión pública, independientemente de su adscripción política, crecientemente contraria a las aventuras exteriores, limitando las posibilidades de los decisores estadounidenses de actuar con una mayor libertad.

3- Cambio en la distribución de poder a nivel global.

Una tercera y muy relevante causa podría ser la del cambio en los equilibrios de poder a nivel global. Si en un contexto de unipolaridad como el de los años 90 y después del 11 de Septiembre un Estados Unidos con un nivel de poder muy superior al resto, permitía intentar reordenar otros Estados a imagen y semejanza de Estados Unidos con un coste limitado. Esta tesis es sostenida por Mearsheimer en su última obra. La implicación clara es que una vez se han modificado los equilibrios de poder a nivel global y una serie de potencias que no comparten la necesidad de expandir esta forma de gobierno, discrepan de su definición, sostienen un concepto de soberanía fuerte o, directamente tienen regímenes autocráticos hacen más difícil el sostenimiento de la misma. Este es el caso de las emergentes y, especialmente, del supuesto de China.

4-Posible resiliencia de esta estrategia.

Con todo ¿Es posible que una política que tanta controversia ha generado pueda seguir ocupando un lugar central en el ámbito de la política exterior estadounidense? Este último extremo no es descartable. Los líderes estadounidenses se han visto a sí mismos desde la época de Wilson, como defensores de los ideales de libertad y democracia y este concepto está ampliamente arraigado en su identidad como nación. A este respecto, decisores como Condoleezza Rice (2017) y académicos como Diamond (2019), se han mostrado favorables a recuperar esta agenda.

Sin embargo, en los debates políticos de la potencia norteamericana, existen suficientes indicios para pensar que hay aspectos profundos de la forma de entender a la potencia norteamericana que han cambiado, debilitando la tradicional concepción del

excepcionalismo estadounidense. El rechazo al intervencionismo exterior ha crecido y está presente no solo en el ámbito republicano, sino también en el demócrata, tal y como discursos como los de candidatos como Bernie Sanders en la materia han dejado patente.

Por otro lado, las capacidades materiales estadounidenses y los retos existenciales que tendrá que afrontar a corto plazo, en especial China, en un sistema internacional multipolar pueden suponer importantes impedimentos a la hora de lograr el retorno de una política que exige grandes recursos pero no ha sido capaz de ofrecer resultados esperanzadores cuando se ha aplicado desde el exterior. Quizá una versión más suave de esta política, vía promoción de la democracia o la alternativa realista asentada sobre la base de “predicar con el poder del ejemplo” que se remonta al pensamiento jeffersoniano podría tener más oportunidades, pero aún así esta es incierta.

Con todo, ara poder responder esta pregunta con cierta claridad será esencial observar la tendencia de la política exterior estadounidense durante los próximos años.

Referencias.

Bush, George W. 2005. “President Bush sworn –In to Second Term”, *Casa Blanca*, disponible en <https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/inaugural/>

Casa Blanca. 2017. “National Security Strategy of the United States of America”, disponible en <https://www.whitehouse.gov/wp-content/uploads/2017/12/NSS-Final-12-18-2017-0905.pdf>

Diamond, Larry. 2008. *The Spirit of Democracy. The Struggle to Build Free Societies Throught the World*. Nueva York: Holt Paperbacks.

Diamond, Larry. 2019. “Democracy Promotion. How the Freedom Agenda Fell Apart”, *Foreign Affairs*, 98 (4), disponible en <https://www.foreignaffairs.com/articles/2019-06-11/democracy-demotion>

Doyle, Michael W. 1983. “Kant, Liberal Legacies and Foreign Affairs, Partes 1 y 2”, *Philosphy and Public Affairs*, 12 (3 y 4): 205-235 y 323-353.

Fukuyama, Francis. 1989. “¿El fin de la historia?”, *The National Interest*, 16: 3-18.

Fukuyama, Francis. 2004. *State-Building. Governance and World Order in the XXI Century*. Nueva York: Cornell University Press.

Lake, Anthony. 1993. "From Containment to Enlargement", *Clinton Digital Library*, disponible en <https://clinton.presidentiallibraries.us/items/show/9013>

Mearsheimer, John J. 2018. *The Great Delusion. Liberal Dreams and International Realities*. New Haven: Yale University Press.

Obama, Barack. 2009. "The President's Speech in Cairo: A New Beginning", *Casa Blanca*, disponible en <https://obamawhitehouse.archives.gov/issues/foreign-policy/presidents-speech-cairo-a-new-beginning>

Rice, Condoleezza. 2017. *Democracy: Stories from the Long Road to Freedom*. Nueva York: Twelve.

Russett, Bruce. 1996. "The Fact of Democratic Peace" y "Why Democratic Peace?", en Brown, M.E., Lynn-Jones, S.M. y Miller, S.E. (eds.), *Debating the Democratic Peace*. Cambridge MA.: The Mit Press.

Tovar, Juan. 2014. *La política exterior de Estados Unidos y la expansión de la democracia 1989-2009*. Valencia: Tirant lo Blanch.

Tovar, Juan. 2018. "La doctrina Trump en política exterior: fundamentos, rupturas y continuidades", *Cidob d'Afers Internacionals*, 120: 259-283.

Walt, Stephen. 2018. *The Hell of Good Intentions: America's Foreign Policy Elite and the Decline of U.S. Primacy*. Nueva York: Farrar, Straus & Giroux.

Juan Tovar Ruiz es profesor de Relaciones Internacionales de la Universidad de Burgos.